

inútiles todas sus instancias, no dejó el generoso valaco de darle cuatro mil caballos mandados por su hijo, y luego se fue á atender por sí mismo, en tan eminente riesgo, á la seguridad y defensa de sus propios estados.

Instruido Amurates del rompimiento de los tratados y de los movimientos del egército cristiano, vió que las circunstancias en que se hallaba exigian una diligencia y actividad extraordinaria, pero lo que mas le acongojaba era el de haber de volver á atravesar unos mares cubiertos con la escuadra enemiga. Ya fuese por sorpresa, ó por la avaricia páfida de los genoveses, á quienes se acusó de que habian vendido el paso á los turcos, á razon de un escudo de oro por cabeza, logró el sultan volver á pasar á Europa con todas las tropas que habia sacado de ella, y juntarse con las que se habian reunido hácia el Quersoneso de Tracia, Corriendo á largas jornadas para alcanzar á los cristianos, los encontró á orillas del Ponto Eusino, en Varna, ciudad de la Mesia baja, y se dispuso inmediatamente á presentarles batalla. No deseaba menos el combate el Rey de Polonia, á pesar de la molestia que le causaba un absceso que tenia en una pierna. El legado propuso con mucho acierto que convenia atrincherarse cerca de las montañas, para observar bien las fuerzas del enemigo, y esperar noticias exactas, así de la escuadra como de las tropas griegas, con cuyo auxilio debia contarse para proceder de comun acuerdo. Muchos capitanes

experimentados fueron del mismo dictámen; pero Huniades, arrebatado por el fuego de su valor, al ver unos batallones que tantas veces habia desbaratado, dijo que le era conocida la ostentacion musulmana; que nunca eran los egércitos turcos tan numerosos como se suponía; y que sobre todo, aunque estuviesen reunidas todas las fuerzas de la Turquía, no se seguiría de esto otra cosa sino que el valor húngaro tendría mas laureles que coger. Según este dictámen, que era efecto de una valentía soldadesca, se cometió la imprudencia de señalar el combate para el día siguiente; pero luego que se acercaron los dos egércitos, quedó Huniades tan asombrado al ver su enorme desproporción, que no pudo menos de manifestar al Rey lo mucho que iban á aventurarse, y le aconsejó la retirada. Le replicó Uladislao con aspereza que su consejo llegaba muy tarde; que se acordase de las palabras pomposas que habia dado el día precedente; que ya no habia tiempo para otra cosa mas que para pelear con el valor que habia mostrado antes de tiempo; que no se podia tratar de una retirada que en la realidad seria una fuga vergonzosa; despues de lo cual mandó que se pusiesen todos sobre las armas y estuviesen prontos á acometer. Huniades formó el egército en batalla, egército que solo constaba de diez y ocho á veinte mil hombres, cuando según varios autores, llegaba el de los turcos á cien mil.

Se dió la batalla el día 10 de Noviembre, vis-

pera de San Martin, y por mucho tiempo se peleó con gran valor por una y otra parte; pero habiendo desordenado el ímpetu de los cristianos las primeras filas de los turcos, se apoderó de Amurates un terror repentino y tan vehemente que solo pensaba en huir, y no hubiera tardado en salir de la refriega, si no hubiese sido porque cogiendo sus oficiales la brida de su caballo, le obligaron á empezar de nuevo el combate. Se volvió á pelear con un ardor prodigioso, por espacio de muchas horas estuvo dudosa la victoria, inclinándose unas veces á los turcos y otras á los cristianos, hasta que oprimidos estos con el excesivo número de sus enemigos empezaron á perder algun terreno. Entonces se arroja Uladislao á lo mas fuerte de la refriega, acompañado de algunos soldados intrépidos, que destrozando cuanto se le ponía delante, pasa por medio de los genizaros, y llega hasta una colina donde se habia apostado el sultan: ímpetu propio de la juventud, y efecto de una desesperacion que llenó de terror á Amurates y á sus tropas, y que podía haber decidido la victoria, si hubiera mostrado Huniades el mismo vigor. Pero este grande capitán, de quien no puede sospecharse razonablemente que llegase á acobardarse, se ciñó demasiado á las reglas ordinarias, y juzgando perdido todo el ejército si no conservaba alguna parte de él, mandó tocar la retirada, llevándose diez mil hombres entre húngaros y válacos.

9. Perdió el Rey la vida, habiendo muerto an-

tes el caballo en que iba montado; y puede decirse que murió oprimido, mas no vencido. Héroe desgraciado, que no llegaba á los veinte años, y era ya digno de la inmortalidad, no solo por su valor, que si pecó en algo, fue en ser excesivo, sino tambien por todas las cualidades sólidas y brillantes de alma y cuerpo, por las virtudes mas raras, por la templanza, frugalidad, piedad insigne, y aun por el amor de la justicia, bien que no se le puede disimular el delito de haber usurpado el reino de Hungría á un Rey menor de edad. ¿Pero dónde están las virtudes que resisten al atractivo de una corona? Enternecido el mismo Amurates, mandó en el campo de batalla que se le diese sepultura honrosa y se le erigiese una columna con inscripciones para perpetuar á lo menos la memoria de un héroe digno de mas larga vida. Luego que quedó muerto, le cortaron la cabeza y la levantaron en una pica á vista de todas las tropas. Los turcos, que empezaban ya á desesperar de la vida del sultan y de su propia existencia, volvieron á alentarse, y sin saber lo que hacian, por decirlo así, pusieron en fuga á aquellos de quienes huían antes, y consiguieron inesperadamente una victoria completa. Los que se dispersaron de resultas de la irrupcion de Uladislao, se habian derramado ya por las plazas inmediatas, publicando que estaban victoriosos los cristianos: y aun los que habian sostenido el combate hasta el fin, ignorando que se hubiese declarado la victoria por el sul-

tan, y no sabiendo dónde se habian retirado los cristianos despues de su fuga, temieron que fuese una estratagema, y estuvieron dos dias sin atreverse á saquear el campo de los vencidos. No quedó vivo ni un solo soldado polaco, segun la opinion comun de los autores, habiendo muerto tambien la mayor parte de los húngaros, ya en el campo de batalla, ya en las campiñas. donde se dispersaron. Los principales señores y los obispos quedaron prisioneros, y fueron puestos en mazmorras.

10. Eneas Silvio dice, que huyendo á caballo el cardenal Julian, y libre ya de los turcos que le perseguian, fue asesinado por unos ladrones que creían llevaba gran cantidad de dinero. Así acabó este hombre escelente, calificado con este elogio por los mismos griegos, y digno de toda su celebridad por sus virtudes, por su doctrina, por su elocuencia y por su influjo en los asuntos mas importantes de dos concilios, antes de cumplir los cuarenta y seis años, en cuya edad murió. En todas sus empresas habia salido con felicidad, á escepcion del mando de los egércitos, que era enteramente ageno de su estado.

El desgraciado Juan Paleólogo, Emperador de oriente, ó por mejor decir, de la ciudad de Constantinopla, enclavada en el imperio de los turcos, temia experimentar despues de la batalla de Varna todos los efectos de la venganza de Amurates. Pero el sultan usó de una moderacion casi indecible; le concedió la paz luego que se la pidió, y la observó con puntualidad durante su vida. No se enso-

berbeció con esta victoria, ni manifestó la alegría que acostumbraba en semejantes ocasiones, antes bien estaba triste y pensativo, y respondió un dia á los que le preguntaban la causa de aquella novedad, que no hallaba mayor desgracia que vencer muchas veces á tanta costa: por lo cual, sin querer aprovecharse de todas las ventajas que le ofrecia su triunfo, se volvió á Andrinópolis, que era la capital de sus estados, resuelto á vivir en ella con quietud y tranquilidad. Habia perdido por lo menos treinta mil hombres de las tropas mas escogidas que tenia. Dícese que al ver el destrozo de su egército, sacó del pecho el papel de las treguas firmadas por los cristianos, y levantó las manos y los ojos al cielo, rogando á Jesucristo que, si verdaderamente era Dios, castigase á sus violadores perjuros; y que al momento empezó á desordenarse el egército cristiano: cuento imaginado si damos fe á los anales turcos, en los que se dice solamente que Amurates imploró el auxilio del cielo, hallándose en grande peligro; lo que bastó para que el númen exaltado del italiano Bonfinio representase este suceso como una cosa milagrosa, en lo que seguramente manifestó muy poco juicio. Trayendo á la memoria lo que hemos dicho acerca de la fe violada con respecto al Papa y á los Príncipes cristianos por el tratado contrario concluido despues con Amurates, ¿habrá quien pueda figurarse que hiciese milagros el cielo para castigar la infraccion de aquel nuevo contrato que no pudo celebrarse sin

atropellar todos los respetos debidos á la república cristiana? No faltan autores que justifican absolutamente esta conducta, fundados en que Amurates fue el primero que violó su tratado, reteniendo los prisioneros y las plazas que se habia obligado á devolver á los cristianos.

11. Quedó el Papa Eugenio afligido sobremanera cuando supo las consecuencias de la batalla de Varna, con las cuales se frustraba la esperanza que se habia concebido de tener confinados á los turcos por mucho tiempo al otro lado del Bósforo: y trató de consolarse empleándose en funciones menos tumultuosas y propias únicamente del sucesor de San Pedro, del Vicario del Salvador de todos los hombres. En la primera sesion del concilio de Roma, celebrada en el palacio de Letran á 30 de Setiembre de 1444, reunió á la iglesia romana los pueblos cristianos de Siria y Mesopotamia que estaban inficionados con los errores de Eutiques y de los griegos. El arzobispo de Edesa, llamado Abdalla, habia pasado á Roma desde aquellas estremidades del oriente, y despues de algunas conferencias recibió en nombre del patriarca Ignacio una confesion de fe, por la cual reconocia que hay en Jesucristo dos naturalezas sin confusion, como tambien dos voluntades sin oposicion, y que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio. Causó admiracion al ver que aquellos hermanos separados del centro del catolicismo por tantos mares y tierras incultas, y sumergidos tanto

tiempo en las tinieblas del error, eran enteramente ortodoxos, á escepcion de estos tres artículos, á los cuales se sujetaron luego que se les dió noticia de ellos.

Continuando sus sesiones el concilio de Letran, volvieron á abrazar la sana doctrina con todo su pueblo y clero á 7 de Agosto del año siguiente, en una congregacion general, Elías, obispo de los maronitas, que defendian tambien los errores de Eutiques, y Timotéo de Tarsis, arzobispo de los caldeos, inficionados con el nestorianismo. El arzobispo de Tarsis habia concurrido en persona, y el obispo Elías habia enviado á su diputado Isaac al concilio, en el que hicieron los dos una profesion solemne de la fe romana, y fueron admitidos á la comunión católica.

12. Entre otros efectos desgraciados, produjo la batalla de Varna el de dejar vacantes dos tronos, muy espuestos uno y otro á la rapacidad de los infieles (1). Para ocupar los húngaros el suyo, pusieron los ojos en un Príncipe de cinco años, ya porque conservasen todavia alguna inclinacion á aquel mismo Ladislao, á quien habian desechado al principio á causa de su infancia, ó ya porque no hallasen otro medio mas propio para sofocar las facciones, tan peligrosas en las circunstancias de aquellos tiempos, que el de coronar á un descendiente de sus antiguos Reyes. Pero, á fin de llevar las riendas en un gobierno tan agitado, y en una

(1) *Thuros. c. 41. et 45. Dubrav. l. 28.*

situacion tan crítica y arriesgada, se nombró por regente del reino al célebre Huniades, alegrándose todos de que se hubiese conservado para salvar la patria y conservar la religion. No se necesitó menos que este grande hombre para preservarlas de una ruina total, durante un interregno de mas de seis años, causado por la obstinacion del Emperador Federico en no querer separar de su lado al jóven Ladislao su sobrino. En este tiempo tuvo que combatir el regente, ya contra el Emperador, y ya contra los turcos, portándose de tal modo contra estos últimos, cuando los venció y cuando quedó vencido de ellos, que nunca perdió la gran fuerza de alma de que estaba dotado, y hasta en sus mismas derrotas se hizo temible á los infieles (1). Los polacos, despues de haberse obstinado en poner en duda la muerte del Rey Uladislaó, eligieron últimamente por sucesor suyo al duque de Lituania, el cual rehusó al principio la corona; pero la aceptó, habiéndosele elegido segunda vez, y al recibir la diadema tomó el nombre de Casimiro IV, á 26 de Junio de 1447.

13. Por este mismo tiempo murió el Emperador de Constantinopla, Juan Paleólogo, segundo de este nombre, cuya muerte fijan los historiadores griegos y latinos en épocas que varían considerablemente (2). Conviene todos en el estado deplorable en que quedaba su imperio, por el poder formidable de los turcos, por la suma debilidad de los griegos,

(1) *Crom. l. 22.* (2) *Naucl. Gener. 59. p. 470*

y en especial por las contiendas políticas y religiosas que tenian divididos á estos últimos. De los cuatro hermanos del Emperador, el cual murió sin dejar sucesion, Constantino y Demetrio, que eran los dos mayores, este último obstinado en el cisma, y el otro amante de la union, estaban mucho mas divididos con motivo de sus pretensiones al trono. Al fin quedó superior Constantino por medio del sultan que fue elegido por árbitro, y que disponiendo así del imperio, parecia hacer alarde del poder absoluto que muy en breve egerceria en él su hijo y sucesor.

14. El Emperador de occidente no perdía de vista la paz de la Iglesia, y continuaba con la idea de congregar un nuevo concilio, sin embargo de que este pensamiento no merecia la aprobacion de Eugenio. Siguiendo cada uno con bastante moderacion su empeño particular, sobrevino un suceso que al parecer debia enredarlo todo, y fue no obstante el medio mas seguro para salir de este laberinto. Habiendo depuesto el Papa legítimo á los arzobispos de Tréveris y Colonia, como fautores muy apasionados del Antipapa Felix, los otros electores del imperio, reunidos en Francfort, convinieron entre sí en que si Eugenio no anulaba esta deposicion, adherian ellos á la que habia hecho del mismo Eugenio el concilio de Basilea (1). Inmediatamente enviaron diputados al Emperador para declararle esta resolucion, y suplicarle que la sostuviese. La

(1) *Æn. Sylv. Comm. l. 1. -- Antonin. tit. 22. c. 11.*

reprobó Federico muy á las claras, tratándola de inicua y de impía, como dirigida á suponer que dependia de un interés particular el estado y la autoridad del Vicario de Jesucristo; pero envió á Eneas Silvio, ejercitado desde su juventud en desempeñar las comisiones mas opuestas, y á la sazón secretario del Emperador, á fin de hacer presente al Papa cuánto le importaba no indisponer los ánimos en unas circunstancias tan críticas. Eugenio, que tenia una penetracion exquisita para gobernarse en estas ocasiones decisivas, no se detuvo en egecutar lo que se le pedia, y envió á los Príncipes alemanes los legados Tomás de Zarzana, que era ya obispo de Bolonia, y Juan de Carvajal, español dotado de gran prudencia.

El concilio de Basilea, disuelto casi enteramente por la muerte y la desercion diaria de algunos de sus miembros, quiso todavía aparentar que influía en lo que se iba á resolver. Aquellos obispos, mejor diré, aquellos clérigos, que habian desechado con tanto orgullo todos los proyectos de abrogacion y de traslacion de su concilio, cuando se les propusieron con toda moderacion por el Papa ó por el Emperador, se mostraron en fin pacíficos y modestos á causa del descrédito en que habian incurrido, y de la veneracion que se escitaba en todos los corazones á favor del Pontífice legitimo, y declararon por decreto formal que no habia otro medio mas á propósito que un nuevo concilio para terminar el cisma, y que trasladarian el suyo al

lugar que indicasen el Emperador y los Príncipes del imperio: despues de lo cual enviaron á su gefe el cardenal de Arlés á la nueva dieta en que habian de presentarse los legados de Eugenio. Por consejo de Eneas Silvio y de los demás ministros del Emperador, se propusieron en ella algunas peticiones, mediante cuya concesion debian dar fin á su neutralidad las iglesias de Alemania, y obedecer al Papa Eugenio como al único Sumo Pontífice. Quedó concluido el asunto á principios del año siguiente por los embajadores que enviaron á Roma el Emperador y los Príncipes; pero desde aquel decreto condicional pareció tan seguro el éxito absoluto, que en recompensa creó el Papa cardenales á sus legados, estando todavía ausentes, y les envió el capelo antes de restituirse á Roma. Era ya tiempo de elevar al cardenalato á Tomás de Zarzana, si el sucesor de Eugenio habia de ser individuo del sacro colegio; pues solo quedaban algunos meses de vida á este Pontífice, el cual cayó poco despues de esta promocion en la enfermedad que le llevó al sepulcro.

15. Colocó tambien Eugenio en el candelero á una de las mas brillantes antorchas de este siglo; pero tan cuidadosa de ocultar su resplandor con los piadosos artificios de la modestia, que apenas pudieron fijarse en ella los ojos que la estaban mirando continuamente (1). Hacia nueve meses que estaba vacante la silla de Florencia, á pesar de los

(1) *Baill. t. 2. p. 183.*